



ESCUELA DE CATEQUISTAS / FORMACIÓN PERMANENTE
Diócesis de Alcalá de Henares

LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CATEQUESIS

Tema 3:

CRISTO, LA CLAVE DE TODA LA ESCRITURA

I. RECAPITULACIÓN

Hemos hablado hasta aquí **del lugar que ocupa la Sagrada Escritura en la catequesis**. De cómo ella nos refiere la obra que Dios ha realizado en la historia para salvarnos, una historia que es irrepetible. De cómo la Fe apostólica — que se expresa en el Credo, en los dogmas, en el Catecismo... — nos da una verdadera inteligencia de esos hechos referidos en la Escritura. Y de cómo la Iglesia es el ámbito humano donde la Escritura es Palabra viva, no mera historia pasada; donde la fe es respuesta también viva, donde los hombres pueden acoger esa Palabra viva y dar fe a Dios uniéndose a la fe de los Apóstoles.

Repito: la relación entre Escritura, Fe Apostólica e Iglesia es determinante, porque si la Escritura se separa de ellas, la catequesis ya no puede llevar a cabo su objetivo. No voy a repetir la explicación, pero sí esta conclusión fundamental.

En segundo lugar, **hemos hablado de la unidad sustancial de la Biblia**. Los diversos libros del AT y del NT forman una unidad, que refleja la Unidad del Dios Trino, de su único designio salvífico, de la única obra de la Salvación humana, que abarca desde la Creación hasta la Parusía y que tiene como centro la Encarnación de su Hijo. Jesucristo, el Hijo hecho hombre, es el punto donde converge toda la Escritura y donde halla su unidad.

Explicamos ya que la unidad de la Escritura es un dato de fe. Al afirmar que Dios ha inspirado las Escrituras, estamos diciendo que, al final, él es el autor último de la Escritura, este es el principio de unidad de textos tan diversos. A través de las diferentes situaciones históricas, de la diversidad de los autores humanos y de los distintos géneros usados por ellos, es Dios el que con la asistencia del Espíritu Santo, con “la Inspiración”, hace que la Escritura se

convierta en un verdadero testimonio de su Revelación en la historia, un testimonio cuya autoridad radica en el mismo Dios. La inspiración convierte el testimonio humano de la Revelación de Dios en la historia en un testimonio autorizado (garantizado) por Dios mismo

Es la fe la que nos prepara para poder oír en toda la Escritura la única Palabra que Dios ha dado al hombre y que es su Hijo. De la Iglesia recibimos la Escritura, pero recibimos antes la fe, que nos permite escuchar en la Escritura, por medio de muchas palabras humanas, la única Palabra de Dios.

En tercer lugar, intentamos explicar cómo Cristo es la persona donde converge toda la Historia de la Revelación y de la Fe y cómo él es también, por eso mismo, el punto fundamental para comprender la unidad y el sentido de toda la Escritura. Para que nos hiciésemos una idea de cómo es esto posible hicimos dos comparaciones.

Comparamos la Escritura con un camino, un camino que tiene su punto de partida, que tiene diversos tramos y que tiene una meta. Por mucho que uno estudie un tramo concreto del camino y lo que le diferencia del tramo siguiente o del anterior, si uno quiere entender qué significa ese tramo, por fuerza tiene que referirlo al principio y, sobre todo, al fin. Ningún tramo de un camino se hace si no es para llegar a algún lado. La meta define el camino y le da sentido. Pues bien, la Escritura es un larguísimo camino, pero tiene solamente una meta, Cristo, solo él da sentido a cada uno de los tramos del camino que llevan a él.

Comparamos también la Escritura con una construcción, en concreto con la construcción de un arco o de una bóveda. Cada una de las piedras que forma un arco o una bóveda puede considerarse en sí misma, uno puede detenerse en cómo está labrada la piedra o en su policromía. Pero una sola piedra de la bóveda o del arco es solo una piedra en el suelo, una piedra caída. Puede ser bella y hermosa, pero solo una ruina. Solo en relación con el conjunto de las otras piedras con las que forma el arco o la bóveda, adquiere toda su verdad y toda su belleza. Así ocurre con cada uno de los fragmentos de la Escritura. Continuando con la comparación, una bóveda o un arco tienen una piedra que se llama la piedra clave, la clave de bóveda, que es la que da equilibrio al conjunto de las piedras. De alguna forma, toda la armonía, la altura que alcanza el conjunto, la belleza y la utilidad, dependen de esta piedra clave. Cristo es la clave de bóveda de la Escritura. Solo él nos da la capacidad de comprender la Escritura en su belleza, en su orden, en su armonía y en la altura que alcanza hasta introducimos en la vida de Dios.

Aquí es donde nos quedamos el último día. Trajimos el salmo 62 para mostrar cómo su verdad, su belleza y sobre todo, la capacidad que tiene para unirnos en verdadero diálogo con Dios, depende en realidad de referirlo a Cristo. Os remito a los apuntes para ver cómo hicimos esta lectura cristocéntrica del salmo.

Sigamos ahora adelante.

II. EL TESTIMONIO DEL NUEVO TESTAMENTO Y DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

El testimonio del Nuevo Testamento y de los Padres de la Iglesia: Cristo es la clave de comprensión de la Escritura. Más aún: toda la Escritura habla de él. En toda la Escritura es él quien se nos manifiesta.

En los escritos del Nuevo Testamento encontramos muchos ejemplos de cómo sus autores entienden que Cristo es la clave de comprensión de los escritos antiguos. Y los Padres de la Iglesia han expresado esta misma idea de formas diversas:

Así, san Agustín afirma que Dios es el autor de las Antiguas Escrituras, pero añade: «Sí, de Dios son aquellas Escrituras, pero no saben a nada si no se ve en ellas a Cristo»¹.

Y san Ireneo dice también que solo es posible comprender las Escrituras si antes se cree en Cristo: «los otros pasajes — dice en cierta ocasión hablando de la Escritura — los interpretarás a condición de que creas en Cristo y le pidas a Dios sabiduría e inteligencia para comprender cuanto fue dicho por los profetas»².

Y san Jerónimo: «Yo, cuando leo el Evangelio y descubro allí el testimonio de la ley y los profetas pongo mi atención solamente en Cristo: veo a Moisés y veo a los profetas, de manera que los comprendo tanto en cuanto hablan de Cristo [...] Si luce el sol, la luz de la lámpara no se percibe: de este mismo modo, estando Cristo presente, no se percibe a su lado la ley y los profetas. No pretendo minusvalorar la ley y los profetas, al contrario, hago de ellos una alabanza, porque anunciaron a Cristo, pero yo leo la ley y los profetas, no para quedarme con ellos, sino para, a través de ellos, llegar a Cristo»³.

Ya lo he dicho antes, pero me interesa repetirlo: como habréis podido observar no solo es que Cristo sea clave de comprensión. HAY MÁS: en toda la Escritura, el que se muestra es el mismo Cristo. Es su rostro el que se dibuja en realidad en todas ellas. Desde el principio hasta el fin, las Escrituras hablan de Él.

«Vosotros no habéis oído nunca su voz [la voz de Dios] ni habéis visto su rostro; ni permanece su palabra en vosotros, porque no creéis en éste a quien Él envió. Examinad las Escrituras, ya que vosotros pensáis encontrar en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5,37-39). Ellas hablan de mí.

Esta es otra certeza que desde siempre animó el estudio de la Escritura en los Padres de la Iglesia y en adelante. La certeza de que en la Escritura, en cada pasaje, el que nos sale al encuentro es siempre el mismo Cristo. Las palabras de san Jerónimo que hemos leído antes ya

¹ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan* 9,6.

² SAN IRENEO, *Demostración de la predicación Apostólica*, 52

³ SAN JERÓNIMO, *Homilias sobre el Evangelio de san Marcos* VI

hablaban de eso. También fue él quien afirmó que quien desconoce las Escrituras desconoce a Cristo.

«Toda la divina Escritura constituye un único libro, y este único libro es Cristo, porque toda la Escritura habla de Cristo y tiene en él su cumplimiento», decía Hugo de san Víctor⁴.

Y un teólogo moderno, muy importante, Hans Urs von Balthasar, decía:

«No cabe oír una sola palabra de Dios sin oír al Hijo, que es la Palabra, y tampoco cabe trastear los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento con la intención de encontrar algunas verdades, si no se está dispuesto a aceptar el encuentro inmediato con Él, con la Palabra soberana, libre, personal, que nos interpela»⁵.

Si es el rostro de Cristo el que se nos muestra en ellas, entonces debemos esforzarnos por conocerlas:

«Debemos conocer las mismas venas y la carne misma de las Escrituras, de modo que una vez hayamos entendido lo que hay escrito, podamos después ver su sentido»⁶.

Si es el rostro de Cristo el que las Escrituras nos muestran, entonces debemos rodearlas de veneración, una veneración que se muestra sobre todo en la escucha atenta. El gran Orígenes —del que ya hemos traído algunas cosas— decía sobre esta veneración que se debe a la Escritura, o mejor a la Palabra viva de Dios que en ella resuena, al Hijo que se nos da como Palabra:

«Cuando recibís el cuerpo del Señor, lo conserváis con toda cautela y veneración, para que no caiga la más mínima parte de él, para que no se pierda nada del don consagrado. Os consideráis culpables, y con razón, si cae algo por negligencia. Pues si tenemos tanta cautela para conservar su cuerpo, y la tenemos con razón, ¿por qué creéis que despreciar la palabra de Dios es menor sacrilegio que despreciar su cuerpo?»⁷.

Nosotros queremos acercarnos a la Sagrada Escritura con veneración, para encontrar en ella al Hijo de Dios que es Palabra de Dios para nosotros; es decir, “comunicación” que Dios hace de sí. Queremos acercarnos con veneración a la Escritura para acoger a Cristo y poder así estar con él y poder también darle a conocer en la catequesis.

Lo que vamos a hacer a partir de ahora es introducirnos en la Escritura tomando como guía una palabra clave: «Cristo», que Pedro usa cuando responde a la pregunta: «¿Quién dicen

⁴ En: BENEDICTO XVI, Catequesis del 24 de septiembre de 2008

⁵ HANS URS VON BALTHASAR, *La Oración Contemplativa* (Encuentro, Madrid 1985) 13.

⁶ SAN JERÓNIMO, *Homilias sobre el Evangelio de san Marcos*, IV, 8, 1-9

⁷ ORÍGENES, *Homilias sobre el Éxodo XIII* (Biblioteca Patrística 17, Madrid 1992), 216

los hombres que soy yo?». Al adentrarnos en esta palabra, que en boca de Simón es un título, pero que muy pronto se convertirá en nombre propio, nos ayudará a recorrer la Escritura como un camino, que tiene su lógica y su unidad, que va progresando históricamente, como por etapas, hasta llegar a su meta, que es Jesús, quien recibe el título de Cristo hasta el punto de convertirse en nombre propio suyo. Recorriendo este camino que confluye en Jesucristo, nos daremos cuenta de que el AT solo se entiende realmente como un camino que corre hacia su meta. Y, al mismo tiempo, veremos cómo el conocimiento del AT llena de contenido para nosotros la imagen de Jesús y nos ayuda penetrar en su conocimiento.

Todo ello si tenemos la actitud necesaria que se requiere en todo aquel que se acerca no a un objeto, ni a un cadáver, sino a alguien, alguien vivo, Jesús, del cual la Escritura es testimonio. Nadie puede penetrar en el verdadero conocimiento de la Escritura si se acerca a ella tan solo con los instrumentos de las diversas ciencias —la historia, la filología, la arqueología...—. Todos esos instrumentos pueden ser necesarios para conocer la Escritura, pero no son nada, de nada valen, como decía Balthasar más arriba, si uno no está dispuesto a encontrarse con Aquel que es la Palabra, si no está dispuesto a reconocerlo.

Os pongo un ejemplo que ilumine esto que os estoy diciendo porque algunos podrían decir que el estudio de la Escritura no requiere esto, que basta usar con inteligencia los instrumentos de la ciencia —los métodos de la historia, de la filología, de la arqueología...—. Si alguien quisiera conocer a cualquiera de los que estáis escuchándome, no se le ocurriría que bastaría diseccionarle con un bisturí y ver qué tiene por dentro, si tiene una arteria dañada o si tiene los huesos fuertes, o si le falta un riñón. Eso no da cuenta de quiénes somos cada uno de nosotros. Tampoco sería suficiente que estudiase lo que poseemos en el banco o lo que hemos hecho a lo largo de la vida, porque ni lo que tenemos, ni siquiera lo que hemos hecho a lo largo de la vida, da cuenta cabal de quiénes somos. Seguramente todas esas cosas serán necesarias para conocer a alguien, pero no bastan. El dato fundamental para conocer a alguien es escuchar de sus propios labios lo que él pueda manifestarnos de aquel ámbito de libertad en el que ninguna fuerza ni técnica de estudio puede penetrar sin su permiso, en su alma. Solo quien está dispuesto a escuchar al otro puede llegar a conocerle.

Bien. Lo mismo pasa con la Escritura. Podemos hacer mil aproximaciones científicas, pero solo nos ayudarán, si estamos dispuestos a escuchar en ellas al Hijo de Dios, nunca sometido a nuestros experimentos y métodos científicos. Si estamos dispuestos a escuchar y a ser interpelados por él, porque tampoco es una persona cualquiera, sino aquel que nos creó, que nos salvó y del que depende nuestra vida, nuestro propio destino.

III. «CRISTO»

Partamos del relato de la confesión de fe que hace Pedro. Así lo narra san Marcos:

Salió Jesús con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino comenzó a preguntar a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que soy yo? »

Ellos le contestaron: «Juan el Bautista. Y hay quienes dicen que Elías, y otros que uno de los profetas».

Entonces él les pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Le responde Pedro: «Tú eres el Cristo».

Mc 8,27-29

La respuesta de «los hombres» y la respuesta de Pedro muestra dos intentos diversos de encontrar, a partir de lo ya conocido, las claves necesarias que ayuden a comprender la persona de Jesús. En la respuesta de «los hombres», eso ya conocido es la persona de Juan el Bautista o del profeta Elías, o la categoría de «profeta» en general. Pedro también parte de una categoría conocida por los judíos, la idea que ellos tenían de «Mesías», «Cristo».

Las respuestas de los hombres expresan, ciertamente, una pequeña parte de la verdad. Jesús, ciertamente, no es ni Juan Bautista, ni Elías, ni ninguno de los profetas anteriores a Juan, pero de alguna forma está en relación con todos ellos, como luego veremos. Por eso, se puede decir que «los hombres» expresan una pequeña parte de la verdad, a la que acceden a partir de las realidades ya conocidas, realidades todas ellas del AT (incluido Juan Bautista).

La respuesta de Pedro sí que acierta en la diana y se convierte en el núcleo, algo así como la semilla, a partir de la cual se desarrollará el Credo de la Iglesia⁸. Las palabras «tú eres el Cristo (el Mesías)», tal como nos las ha transmitido san Marcos, expresan lo esencial. Ahora, hay que advertir que, a lo largo de la historia de Israel, esta palabra se había llenado de significados, tantos que podía ser usada con sentidos diversos y ser por eso ambigua.

La única descripción que todo lo abarca, que va a ser capaz de expresar lo más propio de Jesús, va a ser el título de “Hijo”, que encierra todo lo demás y lo explica. De ahí que el relato de Mateo sobre el mismo episodio nos ayude a entender mejor la fe apostólica. Mateo recoge así la confesión de fe de Simón Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». La palabra «Hijo», referida a Jesús para expresar su relación única con Dios, va a expresar la novedad del Nuevo Testamento, la novedad que los apóstoles van a captar al conocer de cerca a Jesús, sobre todo al conocerlo en su oración, en su relación íntima con Dios.

Tenemos, pues, aquí dos títulos: uno expresa cómo todo el AT desemboca en Jesús, el título Mesías, Cristo; y otro expresa lo nuevo, que difícilmente podía ser esperado ateniéndose

⁸ En todo esto cf. RATZINGER, *El Camino Pascual* (BAC, Madrid 1990) 90-91

solo a las promesas veterotestamentarias. Pero los dos títulos se complementan y nos introducen en el misterio de la persona de Cristo y su significado para nosotros. Otro título que también aparece en boca de los apóstoles referido a Jesús va a unirse a estos dos de «Cristo» y de «Hijo de Dios», se trata del título de «Señor». Al final de la vida de los apóstoles y ya para siempre en la historia de la Iglesia, estos tres títulos «quedaron como la descripción común y válida del misterio de Jesús»⁹.

De hecho, si nosotros acudimos al *Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE), cuando presenta el misterio personal de Jesús, lo que observamos es que se centra en la explicación, primero del nombre de Jesús —que tiene ya una raíz veterotestamentaria— para luego explicar los títulos de «Cristo», «Hijo de Dios» y «Señor».

Vayamos a lo que dice el Catecismo sobre el título «Cristo»:

436 Cristo viene de la traducción griega¹⁰ del termino hebreo "Mesías" que quiere decir "ungido". No pasa a ser nombre propio de Jesús sino porque él cumple perfectamente la misión divina que esa palabra significa. En efecto, en Israel eran ungidos en el nombre de Dios los que le eran consagrados para una misión que habían recibido de él. Este era el caso de los reyes (Cf. 1 S 9,16; 10,1; 16,1.12-13; 1 R 1,39), de los sacerdotes (Cf. Ex 29,7; Lv 8,12) y, excepcionalmente, de los profetas (Cf. 1 R 19,16). Este debía ser por excelencia el caso del Mesías que Dios enviaría para instaurar definitivamente su Reino (Cf. Sal 2, 2; Hch 4, 26-27). El Mesías debía ser ungido por el Espíritu del Señor (Cf. Is 11,2) a la vez como rey y sacerdote (Cf. Za 4,14; 6,13) pero también como profeta (Cf. Is 61,1; Lc 4,16-21). Jesús cumplió la esperanza mesiánica de Israel en su triple función de sacerdote, profeta y rey.

437 El ángel anunció a los pastores el nacimiento de Jesús como el del Mesías prometido a Israel: "Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2, 11). Desde el principio él es "a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo"(Jn 10, 36), concebido como "santo" (Lc 1, 35) en el seno virginal de María. José fue llamado por Dios para "tomar consigo a María su esposa" encinta "del que fue engendrado en ella por el Espíritu Santo" (Mt 1, 20) para que Jesús "llamado Cristo" nazca de la esposa de José en la descendencia mesiánica de David (Mt 1,16; Cf. Rm 1,3; 2 Tm 2,8; Ap 22,16).

438 La consagración mesiánica de Jesús manifiesta su misión divina. "Por otra parte eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de Cristo está sobreentendido El que ha ungido, El que ha sido ungido y la Unción misma con la que ha sido ungido: El que ha ungido, es el Padre. El que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción" (S. Ireneo de Lyon, haer. 3, 18, 3). Su eterna consagración mesiánica¹¹ fue revelada en el tiempo de su vida

⁹ J. RATZINGER, *El Camino Pascual* (BAC, Madrid 1990) 90-91

¹⁰ En griego, Χριστός

¹¹ A diferencia de otros, el Hijo es ungido desde antes de la creación, desde toda la eternidad (la unción pre-cósmica de san Justino), desde toda la eternidad es ungido por el Padre con el Espíritu Santo. Eso significa que su misión, primero la creación del mundo, luego la redención, no son una añadido a la relación con el Padre en el Espíritu Santo que constituye la persona del Hijo. La misión del Hijo está en lógica con el amor con el que es engendrado y amado, ese amor que es el Espíritu de Dios. Su misión está en lógica con su ser, ya

terrena en el momento de su bautismo por Juan cuando "Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder"(Hch 10, 38) "para que él fuese manifestado a Israel" (Jn 1, 31) como su Mesías. Sus obras y sus palabras lo dieron a conocer como "el santo de Dios" (Mc 1, 24; Jn 6, 69; Hch 3, 14).

439 Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico "hijo de David" prometido por Dios a Israel (Cf. Mt 2, 2; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 21, 9. 15). Jesús aceptó el título de Mesías al cual tenía derecho (Cf. Jn 4, 25-26; 11, 27), pero no sin reservas porque una parte de sus contemporáneos lo comprendían según una concepción demasiado humana (Cf. Mt 22, 41-46), esencialmente política ¹²(Cf. Jn 6, 15; Lc 24, 21).

440 Jesús acogió la confesión de fe de Pedro que le reconocía como el Mesías anunciándole la próxima pasión del Hijo del Hombre (Cf. Mt 16, 23). Reveló el auténtico contenido de su realeza mesiánica en **la identidad trascendente del Hijo del Hombre "que ha bajado del cielo" (Jn 3,13; Cf. Jn 6,62; Dn 7,13) a la vez**¹³ que en su misión redentora como Siervo sufriente: "el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20, 28; Cf. Is 53, 10-12). Por esta razón el verdadero sentido de su realeza no se ha manifestado más que desde lo alto de la Cruz (Cf. Jn 19, 19- 22; Lc 23, 39-43). Solamente después de su resurrección su realeza mesiánica podrá ser proclamada por Pedro ante el pueblo de Dios: "Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (Hch 2, 36).

Por lo tanto, después de decir que el título "cristo", que Pedro da a Jesús —«Tú eres el Cristo»— no se entenderá del todo hasta que no sea complementado con el de Hijo —«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»—, si nos preguntamos qué tenía Pedro en la cabeza al decir "cristo" deberíamos referirnos fundamentalmente a estas funciones propias de los reyes, sacerdotes y profetas, que habían sido ungidos por Dios para ellas, especialmente la de "rey".

P. Enrique Santayana Lozano C.O.

que si su ser personal está determinado por el amor con el que es ungido por el Padre, la creación y la redención son también obras del amor, obras de amor con que Dios sale de sí para dar vida al hombre.

¹² Ya hemos advertido antes que el título de "mesías" se había cargado de significados diversos a lo largo de la historia y, por tanto, podía ser entendido de formas diversas.

¹³ Si se omite el texto resaltado se entiende casi mejor lo fundamental del párrafo.